



Las Tesis Socialista y Comunista se enfrentan en un trascendental debate

El secretario general del Partido Socialista, senador Raúl Ampuero, formuló algunas declaraciones a la prensa y radio de Punta Arenas que fueron comentadas por el diputado comunista Orlando Millas, en un artículo publicado en el diario "El Siglo". La subsecuente réplica del senador Ampuero dio origen a un trascendental debate político sobre la posición de ambos partidos en cuestiones de estrategia y táctica sobre materias de política nacional e internacional. Entregamos a nuestros lectores los textos completos de la carta de la Comisión política del Partido Comunista y de la respuesta del Comité Central del Partido Socialista. Este último documento tiene, además, el interés de resumir espléndidamente la médula de los debates que sobre estas materias se desarrollaron en el Congreso socialista de Los Andes, en diciembre último.

La carta Comunista

Camarada

Raúl Ampuero

Secretario General del
PARTIDO SOCIALISTA
Presente.—

Estimado camarada:

Por encargo de la Comisión Política del Partido Comunista de Chile me dirijo a Ud. y por su intermedio, a la Comisión Política de su Partido, a fin de hacer presente la urgente necesidad de avanzar aún más en el entendimiento entre nuestros dos Partidos principalmente en torno a aquellas cuestiones de orden internacional que tienen cada día mayor importancia para la cohesión y desarrollo del movimiento popular.

En la reciente reunión de Las Vertientes todos los Partidos integrantes del Frente de Acción Popular estuvieron plenamente de acuerdo en que tienen ante sí la gran responsabilidad de darle cuanto antes al país un Gobierno verdaderamente popular. Tal responsabilidad, como es sabido, no corresponde a simples propósitos, sino a un imperativo verdaderamente histórico, a una exigencia impuesta por la realidad objetiva, por todo el curso que han seguido y siguen los acontecimientos tanto de orden nacional como internacional.

Un gobierno popular es inminente

Tal como lo señalará-
mos en el XII Congre-
so de nuestro Partido,

las masas populares chilenas, a través de una larga y a veces dolorosa experiencia, han aprendido a conocer a las clases y a los partidos, habiendo llegado ahora a la conclusión de que para resolver sus problemas el poder debe ejercerlo el propio pueblo. Esta idea está llamada a materializarse más o menos pronto, porque las contradicciones sociales y los problemas económicos se han agudizado en tal forma que ya no se puede mantener la situación actual. En términos generales, en toda América Latina se observan fenómenos semejantes. El "statu quo" es insostenible. La última prueba de ello son las elecciones argentinas, en las cuales las masas populares expresaron sus profundos anhelos de cambio. Lo particular en el caso chileno es que este fenómeno es aquí más patente que en la mayor parte de los países hermanos. Lo particular también reside en el hecho de que, en nuestro caso, la alternativa revolucionaria se identifica con el ascenso del FRAP al poder y en que su éxito depende substancialmente de la unidad socialista comunista, así como del entendimiento entre todos los Partidos populares.

La constitución de un Gobierno Popular en Chile es inminente. El país no puede resistir mucho tiempo más la dominación del impe-

rialismo norteamericano y de las oligarquías terrateniente y financiera. Dentro de un período históricamente breve, digamos de aquí a unos cinco o seis años, las transformaciones revolucionarias son ineluctables. Pero nuestra obligación es lograr que ellas se obtengan cuanto antes y con los menores sacrificios para el pueblo. Concretamente, los comunistas somos partidarios de aprovechar la coyuntura de las próximas elecciones presidenciales para ir a la formación de un Gobierno Popular capaz de realizar los profundos cambios que necesita y desea el país. Pero no se puede desconocer el hecho de que el imperialismo y la reacción tienen aún algunas cartas que jugar y que, según sean sus posibilidades de manobra, pueden dilatar los cambios, aunque sea por breve tiempo, resistirlos en forma de impedir su profundidad, imponerle al pueblo cruentos sacrificios. Sin duda que a tales objetivos obedecen, en estos instantes, los empréstitos prometidos por los norteamericanos, el aullido anticomunista de Jahuel, la tentativa de comprometer a la democracia cristiana en una Santa Alianza contra el pueblo, el propósito de formar un hipócrita Frente de Defensa de la Democracia y el afán de aislar al FRAP, de contener su desarrollo y de debilitar su unidad.

Marchar cada día más unidos Estamos convencidos que el imperialismo norteamericano y los elementos más reaccionarios no tienen límites ni escrúpulos de ninguna naturaleza cuando se trata de defender sus posiciones. En relación a Cuba no han tenido reparos de ninguna clase. Contra la revolución cubana han usado todas las armas: la calumnia, el sabotaje, el bloqueo económico, la intervención armada. En Argentina han anulado las elecciones, se han sentado en lo que dicen defender. Aquí un senador radical no ha tenido el menor rubor en inventar la existencia de 7 mil o 10 mil comités de guerrilleros comunistas y en invocar, como en tiempos de González Videla, una falaz defensa de la democracia, para defender los intereses del imperialismo y de los grandes terratenientes y capitalistas de tipo monopolístico. Si no hemos de fusionar a nadie tenemos que partir del hecho de que en este sentido el imperialismo y la oligarquía sólo no harán aquello que el pueblo esté en condiciones de impedir que hagan.

En estas condiciones, surge la necesidad imprescindible de fortalecer e impulsar el desarrollo de todo el movimiento obrero y popu-

lar, de ponernos cada vez más de acuerdo, de marchar cada día más unidos, de avanzar más rápidamente por el terreno de la organización, de la unidad y de la lucha de la clase obrera y del pueblo. Nada sería más peligroso que subestimar las fuerzas del enemigo y sobreestimar las nuestras. Nada sería más dañino a la causa popular que tener una concepción más o menos idílica del desarrollo ulterior de los acontecimientos en el país.

En las conversaciones que hemos sostenido en los últimos tiempos entre nuestros dos Partidos, los comunistas hemos planteado con énfasis la importancia que tiene la cuestión señalada al comienzo de esta carta, es decir, la necesidad de afianzar y desarrollar aún más nuestro entendimiento. En las condiciones de Chile, el entendimiento entre socialistas y comunistas es básico para la unidad de la clase obrera y del FRAP. El Partido Socialista no puede prescindir del Partido Comunista ni el Partido Comunista del Socialista. Estamos obligados a entendernos cada vez en mayor medida. De ello depende la suerte del movimiento liberador.

Respecto a las discrepancias Es en relación con estos problemas que queremos decir algunas palabras respecto a las discrepancias que acaban de ponerse de relieve entre nuestros dos Partidos. Estas discrepancias han surgido a la luz pública en un momento bastante inoportuno, en los días de la celebración de nuestro XII Congreso Nacional, cuando los comunistas nos hemos reunido con un propósito tan unitario y tan alto como el de trazar toda una perspectiva conducente a la conquista de un Gobierno Popular. Y han salido a luz no precisamente por iniciativa nuestra. Fueron sus declaraciones en Magallanes, difundidas por varias radios de la capital, las que provocaron la discusión. Abierta ésta, lo peor sería ponerle fin sin llegar a un entendimiento. No queda, pues, más que encararla en forma que de ella salga fortalecida la unidad socialista-comunista y gane el movimiento popular.

En su réplica al comentario del camarada Millas, usted hace afirmaciones de las cuales se puede desprender la acusación de que el camarada Millas y nuestro Partido pretenderían negarle a los socialistas la facultad de difundir sin censuras de ninguna especie sus planteamientos políticos. Si ésa es su idea, tenemos que decirle que no hay tal cosa. Objetivamente no podemos negarles ese derecho y si estuviera en nuestras manos hacerlo, tam-

poco se lo negaríamos. Pero, toda una vez que usted ha dado su opinión sobre asuntos relacionados directamente con nuestro Partido, no con el suyo ni con otros partidos, reconózcanos también el derecho y el deber a refutar sus opiniones equivocadas.

En esta carta no nos preocuparemos de todas las afirmaciones erróneas que usted ha hecho en lo que respecta a los comunistas. No pocas de ellas dejaremos de mano para ir a lo fundamental. ¿Dónde está lo fundamental de las discrepancias puestas de relieve? Sin duda que en una diferente apreciación de algunos de los más importantes problemas internacionales.

Dos campos opuestos entre sí El mundo está dividido, por así decirlo, en dos campos principales y opuestos entre sí, el campo capitalista y el campo socialista. En uno gobiernan los capitalistas y en el otro los trabajadores. La naturaleza de ambos sistemas es diferente y también diferentes son sus objetivos. En relación al problema capital de nuestro tiempo —el de la guerra o la paz— la tendencia natural de ambos sistemas es distinta. El capitalismo, por naturaleza, tiende a la guerra. El socialismo, también por naturaleza, tiende a la paz. La fabricación de armamentos es un negocio sólo para los grandes consorcios de fabricantes de pertrechos bélicos que existen únicamente en el mundo capitalista y no en los países socialistas. Esto podría ser suficiente para no hablar de “política de bloques militares” como política de ambos sistemas y para no colocar en el mismo pie a la OTAN y al Pacto de Varsovia, a la Alianza Militar imperialista y a la Alianza Militar socialista, a una Alianza Militar ofensiva y a una Alianza Militar defensiva, y para no afirmar, como usted lo ha hecho que “la Unión Soviética, al comprometer a los países de su órbita con el Pacto de Varsovia, al vincularlos con compromisos militares, al realizar actos de provocación bélica, como ha ocurrido con la explosión atómica última, está llevando al mundo a un tipo de pugna fundamentalmente militar”. Pero hay más. Cabe hacer otras consideraciones para aclarar al máximo este asunto. Ampliando su pensamiento usted ha dicho: “Por supuesto, sabemos que en esta actitud de orientación militar y de bloque de la Unión Soviética incluye también la posición de los Estados Unidos, de los círculos militares norteamericanos

y de los países aliados de Estados Unidos”. Al tenor de estas declaraciones suyas, la Unión Soviética tiene una “orientación militar y de bloque”, en la cual algo influye, no dice si mucho o poco, no la orientación sino “la posición de los Estados Unidos, de los círculos militares norteamericanos y de los países aliados de Estados Unidos”.

Francamente, no comprendemos cómo puedan enfocarse así las cosas. La Unión Soviética, desde su nacimiento, ha sostenido invariablemente una política de paz. El primer decreto del Estado soviético, firmado por Lenin, es el decreto de la paz. Siempre ha tenido en sus manos la iniciativa de la paz. Así ocurrió apenas triunfó la Revolución de Octubre, cuando aún no se apagaba el fuego de la Primera Guerra Mundial. Así sucedió posteriormente, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, y así sucede ahora, ante el peligro de una tercera conflagración. En favor de la paz, la Unión Soviética ha hecho múltiples proposiciones concretas, desde la prohibición de las pruebas atómicas hasta la proscripción de las armas nucleares, desde la reducción parcial de las fuerzas Armadas hasta el desarme total.

El caso de los bloques militares Y en cuanto a los bloques militares, ¿cómo pasar por alto lo que ha sucedido y sucede en la realidad? Poco después de terminada la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y los principales países capitalistas de la Europa Occidental crearon la Alianza Atlántica, la OTAN, dirigida contra la Unión Soviética y demás países socialistas. La Unión Soviética protestó y denunció el carácter agresivo de tal Alianza Militar. Entonces, sus promotores dijeron que ella no iba dirigida contra la Unión Soviética y que sólo tenía el propósito de asegurar la paz en Europa. Acto seguido, como una manera de poner a prueba sus declaraciones, la Unión Soviética, que verdaderamente estaba y está interesada en la paz de Europa y de todo el mundo, les propuso ingresar a la OTAN. No aceptaron la proposición, quedando en evidencia sus verdaderos fines. Fue después de eso y después que el imperialismo norteamericano había creado toda una red de pactos y de bases militares alrededor de los países socialistas, después de la agresión al Estado socialista de Corea del Norte, después de haberse dado paso a la remilitarización de Alemania Occidental, después de todo esto, concretamente, en mayo de 1955, que la Unión Soviética suscribió el Tra-

tado Defensivo de Varsovia con otros estados socialistas. Del mismo modo el pacto de apoyo mutuo soviético-chino surgió como una necesidad ante el peligro de guerra en el Oriente. Pero la verdadera historia no termina aquí. Después que se creó la OTAN y que, como **elemental medida defensiva**, se firmó el Pacto de Varsovia, la Unión Soviética propuso varias veces la disolución de ambas alianzas militares o la firma de un Pacto de no Agresión entre los mismos.

En la relación de estos hechos no hay, camarada Ampuero, nada que no corresponda a la verdad. Son, además, del conocimiento de cualquiera persona medianamente informada. ¿Cómo se puede hablar en tal caso de "orientación militar y de bloque" de la Unión Soviética y sólo mencionar muy de pasada "la posición de los Estados Unidos, de los círculos militares norteamericanos y de los países aliados de Estados Unidos", apenas para decir tímidamente que esto último influye también en lo primero?

Una "orientación militar y de bloque militar" sólo existe por parte del imperialismo. Y ello influye, no "también", sino exclusivamente, no en la "orientación militar y de bloque" de la Unión Soviética, sino en la **unión militar defensiva del campo socialista**.

De acuerdo a sus palabras, los países socialistas, los trabajadores que en ellos gobiernan a los comunistas, tendrían una orientación militar y de bloque, lo cual resulta muy a contrapelo con los hechos y no digamos ya fuera de toda comprensión de la esencia y los objetivos de los estados socialistas.

Ahora bien, de sus declaraciones en esta materia se podría extraer la conclusión lógica de que no formularía tales cargos contra la Unión Soviética si ésta y demás países socialistas que han suscrito el Pacto de Varsovia dieran por liquidado este Pacto y los compromisos militares que él entraña y si, además, la Unión Soviética no realizara lo que usted llama "actos de prepotencia bélica" como la explosión de la bomba de 50 megatonnes. Pero ¿cree usted verdaderamente que ello conduciría al afianzamiento de la paz, que ello no envalentonaría a los imperialistas, que ello, de manera alguna beneficiaría a la causa de los trabajadores y de los pueblos del mundo entero? No, camarada Ampuero. La Unión Soviética y demás países socialistas harían muy mal, le harían un flaco servicio a la causa de la paz y del socialismo si ante los designios guerreristas del imperialismo, ante sus

alianzas militares, ante los diversos pactos bélicos concertados primero, ante la infinidad de bases militares tendidas alrededor del mundo socialista, no se preparan para cualquier eventualidad, no anduvieran con la pólvora seca, descuidaran el estado de preparación de sus Fuerzas Armadas y no estuvieran aliados en el terreno militar.

La mejor garantía internacional Desde el mismo día que triunfó la gran revolución socialista de Octubre, los imperialistas no han pensado en otra cosa que en terminar con el primer Estado socialista para impedir que los trabajadores de otros países siguieran el mismo camino. Bien se sabe que los imperialistas no sólo fraguaron y apoyaron la contrarrevolución interna, sino que, además, lanzaron contra el naciente Estado socialista las fuerzas armadas de 14 países capitalistas. Tras el fracaso de esta agresión han urdido muchas otras. Debido a las contradicciones interimperialistas no pudieron unirse todos contra la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial, sino sólo una parte de los imperialistas. Pero es cosa sabida que en el curso de esa guerra y, sobre todo, con posterioridad a la misma, siguieron y siguen afanándose en lanzarse contra ella.

En estas circunstancias, la Unión Soviética ha tenido que mantenerse en condiciones militares de poder repeler a los agresores. Gracias a ello pudo derrotar la agresión fascista. Gracias al hecho de que la Unión Soviética tiene la superioridad sobre los Estados Unidos en el terreno de las armas, incluidas las armas nucleares, gracias a que el campo socialista es militarmente más poderoso que el campo imperialista, ha sido posible mantener la paz en los últimos 17 años. Gracias también a esta superioridad militar, Egipto pudo tomar medidas antiimperialistas y Cuba ha podido, a 90 millas de los Estados Unidos, llevar adelante su gloriosa revolución. La unidad popular antiimperialista y la solidaridad internacional en todos los niveles, principalmente el apoyo del campo socialista en todos los terrenos, ofrece la posibilidad de que cada pueblo colonial o semicolonial se libere del imperialismo. Mientras no se llegue al desarme, el poderío militar de la Unión Soviética y demás países socialistas será para el pueblo chileno la mejor garantía internacional en el sentido de que podrá darse un gobierno propio paralizando la intervención militar de los Estados Unidos.

El significado de una bomba En cuanto a su pronunciamiento y el de su Partido respecto a la explosión de la

bomba soviética de 50 megatonnes, usted afirma que sólo está inspirado en el deseo de salvar a la población de Chile y del mundo de los infernales efectos de la radiación atómica a la cual está expuesta la humanidad entera, sin que se haya inventado una bomba "con el adoctrinamiento suficiente" para hacer discriminaciones entre burgueses y proletarios. Saludamos esta preocupación y queremos ver en ella una base para luchar en conjunto en algo tan fundamental como es la defensa de la paz. Pero en el caso concreto de que se trata, ¿cómo omitir el hecho de que la Unión Soviética hizo estallar la bomba de 50 megatonnes en el momento en que el termómetro marcaba alta temperatura en las afiebradas mentes de los imperialistas, que lo hizo precisamente para bajarles el moño, para advertirles los contragolpes a que estaban expuestos, para utilizar su temor en favor de la gran causa de salvar a la humanidad de la catástrofe bélica? ¿Y cómo no reconocer que el estallido de esa bomba logró precisamente los resultados deseados?

No conocemos un sólo obrero que no tenga el "adoctrinamiento suficiente" para comprender el significado que tiene la explosión de aquella bomba y no sienta un legítimo orgullo de clase al saber y comprobar que el primer y principal Estado proletario del mundo posee armas más poderosas que las de cualquier país capitalista.

En lo tocante a la lucha por la paz no ha habido entre nuestros Partidos un amplio acuerdo. Desafortunadamente, el nuestro ha mantenido hasta hoy una posición oficial de negativa a actuar junto a los comunistas y otros sectores en las tareas concretas de la lucha por la paz. Pensamos que ha llegado el momento de que también actuemos unidos en el terreno señalado. Los comunistas no tenemos ninguna limitación para actuar unidos al Partido Socialista en torno a todas las causas y objetivos comunes. Creemos que el Partido Socialista tampoco tiene limitación alguna para actuar junto a los comunistas en todas las causas y objetivos en que hay coincidencia. Partiendo de estas ideas nos permitimos proponerles arribar cuanto antes a un acuerdo que nos permita trabajar también unidos en las tareas relativas a la lucha por la paz y el desarme. Un acuerdo en tal sentido sólo podría perjudicar al enemigo.

El PCUS como vanguardia En sus declaraciones en Magallanes y en su réplica al comentario del camarada

Millas, Ud. habló de la "dirección única mundial del movimiento revolucionario", "de la tendencia a radicar en la Unión Soviética la dirección suprema del movimiento internacional", de "mando único ideológico y político" y de otros asuntos anexos en términos que exigen también un alcance.

En el informe al Pleno de diciembre último del Comité Central de nuestro Partido dijimos que:

"...se debe recordar que el movimiento comunista ha sido desde su origen, esencialmente "internacionalista y que en él siempre hubo "un centro dirigente en el **mejor sentido de la palabra**, un centro como vanguardia de las "ideas avanzadas.

"...Hace ya mucho tiempo que este centro "se encuentra allí (en la Unión Soviética), no "por resolución unilateral del Partido Soviético, ni siquiera por acuerdo de los partidos, "sino en virtud de un conjunto de situaciones históricas, comprendidas y reconocidas "por todos.

"...El proletariado ruso, encabezado por el "Partido de Lenin, tuvo el honor de ser el primero en romper las cadenas de la esclavitud capitalista y el primero en construir el "socialismo. Al pueblo soviético le corresponde de ahora también el honor de ser el primero "en escalar las cumbres del comunismo. **De ahí emana fundamentalmente su papel de vanguardia** en la gran familia de los "partidos comunistas.

"...Es necesario añadir, como lo dijimos en "nuestro saludo al III Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, que este "siempre ha desempeñado su papel de vanguardia con sencillez y fraternidad y sin "entrometarse en los asuntos que son de la "soberanía de cada cual. El Partido Comunista de Chile puede dar testimonio público "de no haber recibido jamás a las leve insinuación sobre la manera de actuar en relación a los problemas internos de nuestro país, "ni de los asuntos de la vida interior del partido, que **siempre han sido y serán de nuestra exclusiva incumbencia, competencia y "responsabilidad**".

A mayor abundamiento tenemos que decir que aún antes de la revolución rusa, desde que Lenin libró la gran lucha ideológica que se conoce por el restablecimiento de los principios revolucionarios del marxismo, en contra

de Kaustsky y otros reformistas, en contra de todas las desviaciones oportunistas, en contra del chovinismo y la traición de la Segunda Internacional, los revolucionarios sanos de todos los países vieron en la experiencia del Partido Bolchevique y en el leninismo, en las inmortales obras de Lenin sobre el imperialismo, el Estado y otros grandes temas, una rica fuente de conocimientos, el marxismo vivo y un ejemplo luminoso para su propia lucha. El padre del movimiento obrero chileno y fundador del Partido Obrero Socialista y del Partido Comunista, el maestro Luis Emilio Recabarren, vio precisamente de este modo a Lenin y a su Partido y por eso estuvo a su lado en las filas de la Internacional Comunista.

Como un guía, No tenemos por qué exigirle a usted o al Partido Socialista que aprecien al igual que nosotros el asunto en referencia. Pero permítanos decirle que no podemos aceptar su interpretación del papel de vanguardia del Partido Comunista de la Unión Soviética como la de un "mando único ideológico y político. Por su convivencia con nosotros, por el conocimiento directo que tiene de nuestros asuntos, por el hecho de que nos ha visto siempre tomar decisiones políticas con rapidez y seguridad, hasta sobre la marcha, el Partido Socialista y sus dirigentes, menos que nadie, pueden creer que el Partido Comunista, en algún sentido, no se rige por sí solo. El país entero ha sido por lo demás testigo de cómo hemos fijado la orientación del Partido en nuestro XII Congreso Nacional. Cerca de 3 mil reuniones de células, 159 Congresos Locales y 26 Congresos Regionales se efectuaron para discutir los problemas de la tabla del XII Congreso, acontecimiento profundamente democrático que culminó con la elección, en votación secreta, del nuevo Comité Central. Nuestra línea es, por lo tanto, elaborada con el aporte de muchos miles de comunistas, de trabajadores sencillos, que forman parte del pueblo y auscultan sus inquietudes y aspiraciones y que utilizan el marxismo-leninismo, incluida la experiencia del Partido Comunista de la Unión Soviética, como un guía y no como un dogma.

Sería útil saber si su alusión al "mando único ideológico y político", significa, como puede deducirse lógicamente, que Ud. piensa que al Partido Comunista de Chile lo manda el Partido Comunista de la Unión Soviética en lo que a orientación se refiere. Si tal fuese la posición de su partido y la suya,

nos resulta difícil entender cómo podrían aspirar a gobernar junto con otra colectividad política que no se regiría por sí misma. Se necesita aclarar esto en forma que haga posible una colaboración sincera y leal entre comunistas y socialistas. No vemos la manera de seguir plasmando un verdadero entendimiento si de por medio y de su parte hubieran apreciaciones que implicaran una tal desconfianza. Por desagradable que sea y aunque el enemigo trata de sacar provecho transitorio de estos asuntos, es preferible que estas cosas se aclaren de una vez por todas, ahora y no después. Tenemos la obligación de darle desde ya al pueblo una confianza absoluta y sin reservas en la solidez de nuestra unidad y en la seriedad de nuestra acción conjunta y del gobierno que formaremos.

Yugoslavia y Albania Prosiguiendo en el análisis de sus declaraciones, no se puede afirmar que los conflictos con Yugoslavia y Albania impliquen una ruptura del principio de autodeterminación de los pueblos y que el origen de los mismos esté en lo que usted llama "la tendencia a radicar en la Unión Soviética la dirección suprema del movimiento internacional". El movimiento comunista internacional en su conjunto, y no sólo el Partido Comunista de la Unión Soviética, se ha hallado ante la necesidad de cumplir con el deber revolucionario de combatir en sus filas y en el movimiento obrero mundial las desviaciones revisionistas de los yugoslavos y el dogmatismo y sectarismo de los albaneses. Siempre la lucha contra el revisionismo por un lado y el sectarismo, por el otro, se ha librado como una necesidad para el desarrollo del movimiento revolucionario. A esta labor Lenin dedicó sus mayores energías y tiempo e hizo muy bien. El proletariado internacional nunca le podrá agradecer suficientemente la lucha que libró contra el revisionismo de Plejanov, de Bernstein, de Kaustsky y de tantos otros y contra el dogmatismo y el sectarismo de los llamados "comunistas de izquierda" de Alemania, por ejemplo. Se puede decir que el marxismo sólo ha podido abrirse paso y desarrollarse en la lucha contra las diversas formas de desviación oportunista. Es el producto de la lucha que en el presente se libra contra el revisionismo, por un lado, y el dogmatismo y el sectarismo, por el otro lado, que ha traído, en el plano de las relaciones entre Estados, uno que otro inconveniente en los casos de Yugoslavia y Albania. Pero de ello no puede sacarse la

conclusión de que vulnera el principio de la autodeterminación. Si se hace abstracción de uno que otro error cometido por Stalin respecto a Yugoslavia, no se pueden formular cargos serios de desconocimiento de tal principio y menos aún sostenerse, como Ud. lo hace, que en esos países balcánicos se ha propiciado la subversión desde afuera. Toda desviación oportunista tiene raíz de clase, es producto de la influencia de la burguesía, principalmente del nacionalismo burgués o pequeño burgués. De manera que mal se puede afirmar que los conflictos de que Ud. habla son determinados por lo que Ud. llama "hegemonía rusa" o "tendencia a radicar en la Unión Soviética la dirección suprema del movimiento internacional".

Dos principios que se complementan Usted señala como principio de los socialistas el derecho de que cada pueblo elija los caminos adecuados a su realidad para la construcción del socialismo. Es también, camarada Ampuero, principio fundamental de los comunistas. Hemos hablado muchas veces de él. Lo hemos tenido muy en cuenta al desarrollar nuestras tesis, al elaborar y reelaborar nuestro programa. Actuamos en la realidad en consonancia con tal principio. ¿Por qué, entonces, presentarlo en forma de dar otra idea acerca de nuestra posición?

El movimiento comunista internacional parte de dos principios que se complementan y no son contrapuestos entre sí: del principio relativo a los rasgos comunes de toda revolución en sus diversas etapas y del principio de los rasgos particulares de cada proceso revolucionario concreto. Se incurre en posiciones revisionistas cuando se niega el primer principio y en posiciones dogmáticas y sectarias cuando se niega el segundo. Ciertamente, en el movimiento comunista internacional se han dado casos de destacamentos que han incurrido en una u otra desviación. Pero a despecho de estos errores y en la lucha contra los mismos, el movimiento comunista internacional ha crecido impetuosamente y es bajo la orientación de los partidos comunistas que se han llevado a cabo todas las revoluciones socialistas. De otra parte, se puede reconocer que el culto a la personalidad de Stalin conspiró contra el desarrollo del marxismo, pero no impidió ni podía impedir tal desarrollo.

No es afortunada su afirmación de que

"dentro de los esquemas dominantes en el mundo comunista, ni la revolución árabe, ni la revolución boliviana, ni la revolución cubana se habrían producido". En primer lugar, el movimiento comunista internacional ha contemplado la posibilidad de que, como en el caso árabe y boliviano, se lleven a cabo revoluciones bajo la dirección de la burguesía. Lo que ocurre es que siempre ha estimado que son más radicales y consecuentes las revoluciones que se realizan bajo la dirección del proletariado. Luego, los comunistas han apoyado las tres revoluciones que usted cita, luchando al mismo tiempo por la hegemonía del proletariado, cosa que se ha logrado en Cuba. Más todavía, la Unión Soviética y demás países socialistas han apoyado y apoyan a los gobiernos antiimperialistas surgidos de revoluciones dirigidas por la burguesía. A Egipto, por ejemplo, lo han apoyado económica, política y militarmente, y a Bolivia le han ofrecido su ayuda. Tal conducta desmiente sus declaraciones basadas en la falsa creencia de que la Unión Soviética, los demás países socialistas y los comunistas aplican algo así como el torniquete con aquellos países que no se desarrollan dentro de lo que usted llama "esquemas dominantes en el mundo comunista".

El revisionismo En la parte final de su **es antimarxista** aplica al comentario del camarada Millas, usted hace algunas "consideraciones sobre ciertos calificativos en boga en el lenguaje del Partido Comunista" agregando que sería interesante saber a ciencia cierta si nuestras imprecaciones contra el revisionismo se dirigen o no al Partido Socialista. No, camarada Ampuero. El revisionismo es una corriente antimarxista que no acepta el materialismo dialéctico, no está de acuerdo, por lo tanto, con la doctrina de las contradicciones internas y de los saltos y cree en el evolucionismo vulgar y no en la revolución. Tales ideas desde Bernstein, su fundador, hasta los revisionistas modernos, inducen a creer, tal cual lo dijimos en nuestro informe en una frase que usted citó, "que el capitalismo puede evolucionar hacia el socialismo sin revolución ni dictadura del proletariado". Inducen también a la negación de las leyes generales del marxismo, a sobreestimar los rasgos particulares y a negar los rasgos generales de todo proceso revolucionario. La Segunda Internacional cayó en la charca del revisionismo y sigue en ella la mayor parte de los partidos socialistas. En los últimos tiempos las tendencias revisionis-

tas han aparecido también en las filas del movimiento comunista, en Yugoslavia, en Estados Unidos, en Dinamarca y otras partes. El movimiento comunista internacional y dentro de él, el Partido Comunista de Chile, han considerado su deber librar la lucha contra tales tendencias hallense donde se hallaren.

La vía pacífica revolucionaria A propósito de la definición que hemos hecho del revisionismo como tendencia a "creer que el capitalismo puede evolucionar hacia el socialismo sin revolución ni dictadura del proletariado". Ud. ha creído ver una contradicción en nuestra línea y por eso formula la pregunta: "¿Cómo conciliar tan rotunda condenación del "revisionismo" con la espectacular proclamación de la "vía pacífica" como medio de alcanzar el poder?" Sin duda que, para hacernos aparecer en posiciones contradictorias, Ud. identifica la vía pacífica con el revisionismo, en circunstancias de que no son conceptos sinónimos. La vía pacífica no tiene nada que ver con la pasividad, no es una vía reformista sino revolucionaria, no se basa en un amortiguamiento sino en la agudización de la lucha de clases; es, en fin, un camino que conduce a la revolución en determinadas circunstancias. Y lo que es más importante, ya no sólo nuestras palabras, sino nuestra labor práctica demuestra lo que afirmamos.

No se conoce un pronunciamiento oficial de nuestro Partido en contra de la vía pacífica. Tampoco se conoce un pronunciamiento oficial socialista en favor de dicha vía. Pero, si no entendemos mal las cosas, pensamos que ustedes, socialistas, desean, igual que nosotros, comunistas, que el FRAP llegue al poder a través del movimiento de masas, sin guerra civil, sin necesidad de violencia armada, más concretamente, utilizando con tal fin la coyuntura de las próximas elecciones presidenciales. No de otra manera se comprendería el hecho de que hayan proclamado candidato a Presidente, que deseen, como es natural, el apoyo de los demás partidos del FRAP a vuestro candidato y que hayan suscrito plenamente los acuerdos de Las Vertientes, en los cuales se llama al pueblo a luchar por la formación de un Gobierno popular cerrando filas contra el golpe de Estado y demás maniobras conspirativas a que puedan recurrir los reaccionarios. Si todo esto es así, ¿por qué el ataque que Ud. hace a nuestra política en favor de la vía pacífica? ¿No estamos acaso de acuerdo que es posible llegar al poder con un gran movi-

miento de masas y utilizando con tal fin, repetimos, la coyuntura de las próximas elecciones presidenciales?

Ud. sostiene que el marxismo es esencialmente dinámico y creador y que no divisa "razón alguna para suponer que sólo los teóricos que militan en el comunismo están en condiciones de usarlo científicamente". Sin falsa modestia, podemos decir que en el terreno de las ciencias sociales nosotros creemos que el movimiento comunista como tal, es el movimiento verdaderamente marxista, lo cual no desaloja el hecho o la posibilidad de que uno u otro momento, uno o más destacamentos comunistas y uno o más dirigentes comunistas hayamos y hayan podido cometer errores antimarxistas.

Tampoco ello desaloja el hecho o la posibilidad de que otros partidos o dirigentes políticos, que se basen o inspiren en el marxismo, lleguen al marxismo o asuman en mayor o menor grado posiciones marxistas. Pensamos, por ejemplo, que es marxista la definición que hizo el camarada Salomón Corbalán en nuestro Congreso acerca de la revolución latinoamericana, caracterizándola como una revolución nacional, antimperialista y antifeudal que desembocará en el socialismo, y que no es marxista, en cambio, la posición de aquellos que suelen definir ya esa revolución como una revolución socialista.

Nuestro deber inexcusable Nuestras discrepancias tienen mucho que ver, ya lo dijimos, con asuntos internacionales, pero estos asuntos son de tal magnitud que un verdadero y fructífero entendimiento en el orden nacional, depende en alto grado de la superación de nuestras diferencias en el plano citado. Junto a todos los Partidos del FRAP, socialistas y comunistas luchamos por darle al país un Gobierno Popular. El éxito de tal gobierno, dependerá en gran medida de su posición internacional, de la manera correcta en que aprecie los problemas internacionales y de los rumbos que en este orden siga. América Latina conoce no pocos intentos revolucionarios antimperialistas, como la revolución boliviana por Ud. citada que han quedado a medio camino o han sido frustrados o traicionados porque los partidos o elementos que los han dirigido han sostenido una posición equivocada en el terreno internacional, no han comprendido el rol de la Unión Soviética y demás países socialistas han mantenido actitudes antisoviéticas y anticomunistas y no han querido o no han po-

dido apoyarse en la solidaridad internacional, en las principales fuerzas mundiales antimperialistas como son los países socialistas encabezados por la Unión Soviética. América Latina conoce otro caso aleccionador, el de Cuba, que ha tenido una actitud muy diferente con los magníficos resultados que muy bien se conocen. El pueblo de Chile, su futuro Gobierno, para llevar adelante su revolución antimperialista y antifeudal, y ulteriormente socialista, necesita apoyarse en el mundo socialista. No podrá bastarle la solidaridad de los pueblos de América Latina ni la ayuda, si ello fuera posible, de un país como Yugoslavia. Le será indispensable la colaboración del conjunto de los que usted define como "llamado campo socialista" y, en primer término de la Unión Soviética. Y es lógico suponer que todo eso se logrará en base a un enfoque correcto de los problemas internacionales. No se trata, por cierto, de que tal ayuda sea posible lograr en base a una completa identidad de puntos de vista entre todos los Partidos populares chilenos y los países del mundo socialista. Mucho menos se trata de que nosotros pretendamos que ustedes y demás Partidos del FRAP participen de todas nuestras opiniones sobre estas materias. Ello sería no sólo presuntuoso, sino también poco realista puesto que no constituimos un sólo Partido y no todos estamos identificados con una misma clase. Sólo se trata de ponernos de acuerdo en las cuestiones fundamentales. En lo que a socialistas y comunistas respecta, es nuestro deber inexcusable hacer todo lo posible por arribar a tal acuerdo. Más todavía, si tenemos en cuenta el rumbo que llevan los acontecimientos en el mundo entero, en América Latina y en Chile; si tenemos en vista el hecho inminente de que tenemos que hacer juntos la revolución democrática y luego la revolución socialista es de toda evidencia que estamos obligados a entendernos. En un momento que no podemos precisar ahora tendremos que llegar, incluso, a la constitución de un sólo Partido marxista sin perjuicio de la existencia de otras colectividades populares.

Deseamos marchar de acuerdo Nuestra responsabilidad común es pues, muy grande. Para asumirla plenamente creemos fundamental esclarecer y superar las discrepancias planteadas. De no hacerlo así ahora, pueden surgir dificultades mayores en el futuro. Es nuestro convencimiento, lo decimos francamente, que si en el movimiento popular chileno exis-

tieran y prosperaran posiciones anticomunistas y antisoviéticas, se corre el riesgo grave de que hagamos una revolución como la boliviana y no como la cubana. El destino de la revolución boliviana y la situación a que han llegado políticos anticomunistas y antisoviéticos, como Betancourt y Haya de la Torre, no pueden ser olvidados.

Nada de lo anterior significa, repetimos, que pretendamos que el Partido Socialista y los demás Partidos aliados participen en todo de nuestras opiniones. Nó. Lo que en último término pedimos es que no se ataque al comunismo, que es nuestro aliado. Lo que al fin de cuentas deseamos es inrizar de acuerdo, evitar la creación de una situación tal en la que un Partido le imponga su línea al otro, tanto más si esa línea pudiera tener aristas en su contra. Nuestra política —ya se la hemos dado a conocer—, consiste en que todas las cuestiones importantes del presente y del futuro las resolvamos de común acuerdo entre socialistas y comunistas y entre todos los Partidos del FRAP.

Unidad PS-PC no podrá ser destruida Las discrepancias que han surgido entre nuestros dos Partidos, son motivo de inquietud para mucha gente que espera que sean resueltas amistosamente. Si la discusión de las mismas estuviera plagada de cargos irresponsables, expondríamos al movimiento popular a rodar por el despeñadero. Pero estamos seguros que tal cosa no ocurrirá. Estamos ciertos de que la alegría que nuestras diferencias han despertado en algunos círculos reaccionarios, será reemplazada por la desesperación en los mismos, porque tales diferencias serán superadas y nuestra unidad saldrá robustecida.

La unidad socialista-comunista no ha podido ni podrá ser destruida. Hagámosla todavía más sólida, más indestructible en medio de la discusión fraternal y al calor de la lucha común de todos los días y en todos los rincones del país por los derechos vitales de la clase obrera y del pueblo trabajador.

Con saludos fraternales.

Por la Comisión Política del Partido Comunista de Chile

LUIS CORVALAN LEPEZ.
Secretario General

La respuesta Socialista

Camarada
Luis Corvalán López.
Secretario General del
Partido Comunista.
PRESENTE.

Estimado camarada:

La Dirección Nacional de nuestro Partido ha considerado detenidamente la carta remitida por la Comisión Política del Partido Comunista, con fecha 28 de marzo próximo pasado, y me encarga transmitir a Ud. las observaciones que le merecen los diferentes temas abordados en ella.

Antes, sin embargo, de entrar al análisis de las materias sustantivas que allí se tratan, deseamos manifestar nuestra complacencia por el tono fraternal y constructivo del documento que contestamos. Nos parece la manera adecuada para consolidar sinceramente nuestras relaciones, y a la vez, de poner de relieve, con la claridad y firmeza que emanan de nuestras recíprocas convicciones, aquellos puntos de vista que justifican la existencia misma de ambas colectividades. Estimamos que la discusión franca y honesta de las tesis sustentadas por cada organización política, constituye un aporte inestimable para encontrar los caminos que lleven al movimiento popular a la victoria y para abordar con acierto las tareas que la historia nos impone, hoy en el plano de la oposición, y, seguramente, mañana en las actividades de gobierno. En un país como Chile, de alto nivel político y de larga tradición cívica, el pueblo no puede permanecer ajeno al examen de asuntos tan directamente ligados a su misión y a su destino.

UN PROPOSITO COMUN: FORTALECER AL FRAP

Casi está de más dejar constancia de nuestro pleno acuerdo con aquellas apreciaciones que caracterizan la situación latinoamericana como una etapa de crisis y de decisiones trascendentales. Desde Cuba hasta Argentina, desde Brasil hasta el Ecuador, en todos los países se advierte una profunda voluntad de cambio en las masas trabajadoras. Los episodios de cada día vienen comprobando el ruidoso fracaso de los grandes mitos erigidos por las clases dominantes: la "unidad continental" bajo el comando norteamericano; el formalismo de la "democracia representativa"; el carácter mesiánico y paternalista de los gobiernos de fuerza; la incapacidad mental de las masas pauperizadas para sustituir las falsas elites intelectuales; la indolencia aborígen como justificación de nuestro retraso; los milagros de la inversión extranjera y de la libre empresa, todas esas sagradas mentiras han dejado de impresionar a los pueblos. Estimulos, instituciones e ideas nuevas tienden a sustituir el viejo orden y empujan al continente por rutas de auténtica libertad, de progreso y de avance cultural.

Chile no es una excepción, por supuesto. Por el contrario, es la escena donde el fenómeno se da tal vez con mayor organicidad, por diferentes razones que sería ocioso describir. El tradicional equilibrio en que desde hace años se viene desarrollando nuestro acontecer político, tiende a romperse en favor de las fuerzas populares, en virtud de la vigorosa incorporación de los campesinos a la lucha social y por el progresivo acercamiento de las clases medias a las organizaciones y los ideales del proletariado. Todo hace suponer, pues, que estamos en el umbral de una transformación de relieves históricos. Pero nosotros, como ustedes, sabemos que el paso a un nuevo tipo de sociedad no será fácil. La reacción y el imperialismo cuentan con una variada gama de recursos para dilatar el proceso. Desde las argucias electorales sugeridas por los elementos más caracterizados de la oligarquía, para bloquearnos los caminos tradicionales de la democracia burguesa, hasta los esfuerzos desesperados del capitalismo norteamericano para ayudar a sobrevivir a un régimen en decadencia, todo indica que habremos de luchar muy bravamente para alcanzar la victoria definitiva.

Compartimos, entonces, sin reservas, el espíritu ya manifestado en Las Vertientes, en orden a fortalecer orgánica y políticamente el FRAP y a permanecer vigilantes y alertas para destruir las maniobras que se tramán en los círculos más retrógrados del país.

Antes de pasar a los aspectos capitales de este intercambio de ideas, juzgamos oportuno referirnos con brevedad a su origen. Ustedes, en su carta, junto con atribuirlo a las declaraciones formuladas en Magallanes por el Secretario General del Partido Socialista, deploran la inoportunidad de las mismas, en virtud de haberlas emitido coetáneamente a la celebración del XII Congreso del Partido Comunista. Para colocar las cosas en su lugar, es indispensable decir que estimamos un deber insoslayable de cualquier dirigente de partido el exponer libremente

las líneas fundamentales de acción de la colectividad a que pertenece. Ustedes lo han entendido siempre así; bastaría revisar cualquier ejemplar de la prensa comunista o los discursos políticos de sus parlamentarios para encontrar toda suerte de afirmaciones y de tesis, que, si bien reflejan la posición del comunismo chileno, se hallan en abierta contradicción con nuestros propios puntos de vista. Lo mismo tenemos derecho a hacer nosotros, en tanto no se violen ciertas elementales normas de cordialidad y de respeto mutuo, que sostenemos haberse cumplido escrupulosamente en la entrevista del sur. Por lo demás, la conferencia de prensa, fuente de la actual discusión, se efectuó casi dos semanas antes de la inauguración del Congreso Comunista, en la provincia más alejada de la capital, de modo que ni siquiera podría interpretarse como una expresión imprudente o extemporánea de nuestro pensamiento.

EL "PAPEL DIRIGENTE" DE LA UNION SOVIETICA

Con toda razón, la réplica de ustedes centra la polémica en el problema del "papel dirigente" de la Unión Soviética sobre el movimiento obrero internacional. Este principio constituye el núcleo de la controversia y el punto de partida de muchas otras discrepancias ideológicas y tácticas que se desprenden de su aceptación o rechazo. Se proyecta, en efecto, en las respectivas concepciones de nuestros partidos sobre los problemas de la paz; de la influencia del factor nacional en el proceso revolucionario; de la apreciación del elemento militar en la lucha anticapitalista contemporánea; del origen de las desviaciones ideológicas y, sobre todo, de los medios adecuados para dominarlas y superarlas; de las formas y métodos en las relaciones entre los partidos obreros y entre los Estados Socialistas, para sólo mencionar algunas implicancias obvias.

Para situar bien las divergencias es indispensable convenir en que las palabras empleadas por nuestro Secretario General pudieron ser otras, pero significan, en todo caso, exactamente lo mismo que ustedes quieren decir cuando se refieren al "papel dirigente" de la Unión Soviética y del Partido Comunista Soviético o a su carácter de "centro" y "vanguardia" de las ideas avanzadas. Y, por lo que nosotros entendemos, no hay dirección sin subordinación, ni hay vanguardia sin retaguardia. Vale decir, de cualquier modo que se le designe, el reconocimiento de un "centro" con tales características implica una actitud de acatamiento a su conducta y a sus decisiones, pues, de otro modo, todo lo dicho tendría un mero sentido verbalista o simbólico. Si ese es el valor sustantivo de los conceptos reiteradamente empleados, confirmamos nuestra resistencia a aceptarlos como un principio de acción política, aunque se trate sólo de una supeditación puramente ideológica o intelectual, ya que —por supuesto— estamos muy lejos de compartir el criterio estúpido y reaccionario de quienes sostienen que cada partido comunista es una mera pieza de ajedrez movida caprichosamente por las autoridades de Moscú. Nosotros creemos sinceramente que las decisiones del Partido Comunista chileno son tomadas aquí, por sus propios dirigentes. Si así no fuera, nuestra alianza carecería de toda base moral. Pero estimamos, también, que siguen pesando sobre la mentalidad de los partidos comunistas y, entre ellos, del Partido Comunista chileno, toda una gama de concepciones,

prejuicios y apreciaciones teóricas equivocadas, cuya persistencia se explica únicamente por aquel reconocimiento de una autoridad especial en el centro soviético. Para citar un ejemplo dramático y reciente, en cuya apreciación esperamos hoy estar de acuerdo, toda la etapa staliniana fue aceptada en el campo comunista sin críticas de ninguna especie, cuando era evidente, para cualquier observador medianamente informado, cómo se sustituía allí la dictadura del proletariado por una tiranía burocrática y la democracia obrera por una autocracia repulsiva. Fue, precisamente, a continuación de proclamarse la Constitución Soviética de 1936 —"la más democrática del mundo", según el lenguaje de la época— cuando se dio comienzo a la etapa descrita por Kruschev como un período de terror sin precedentes, que comenzó haciendo sus víctimas entre los propios dirigentes comunistas de la URSS. Pocos casos ilustran mejor la manera como la subordinación a un "centro" —aún el más calificado— obstaculiza el crecimiento sano y pujante del movimiento internacional y lo hace solidario en la arbitrariedad y el error.

Creemos firmemente que tales características tienden a desaparecer, porque siempre la vida vencerá sobre la inercia de las más rígidas concepciones, y es esa certeza la que ha llevado al progresivo acercamiento de nuestros partidos. Vemos con claridad cómo el fortalecimiento de la lucha de los pueblos por su liberación social y nacional hace cada día más rica y más variada la experiencia revolucionaria universal, y por eso creemos en la solidez de tal alianza, y en sus extraordi-

narias perspectivas. Pero tenemos derecho a suponer, por lo que la historia reciente nos enseña, que, en tanto no se abandone esta noción cardinal del "centro dirigente" y se la reemplace por un sistema de integración democrática de las fuerzas socialistas, cualquier vía original en la conducción revolucionaria o en la construcción socialista pasará a ser fácilmente una herejía y el origen de un cisma irremediable.

LA ANTIGUEDAD NO DA PRIVILEGIOS

Ahora bien, podría argüirse —y ustedes lo han dicho— que lo expuesto corresponde a una lógica abstracta, distante, sin embargo, de los hechos y de la historia. Que la URSS tiene ese papel rector independientemente de nuestros desos y que a los hechos no se les puede invalidar con razones, por convincentes que parezcan. Lamentamos discrepar también de ese punto de vista. La Unión Soviética puede, sin duda, servir de guía en muchos aspectos del desarrollo social, pero de allí no se puede deducir un liderato absoluto y extensivo a todos los planos. Ni la antigüedad de la experiencia, ni la magnitud geográfica del país, ni el tamaño de su población, ni su poderío bélico o material constituyen factores suficientes para asignar la dirección del movimiento socialista a una nación determinada. El socialismo es una empresa demasiado compleja para suponerla sujeta a un mismo ritmo en todas las latitudes, de modo que algún pueblo que inicie con retardo su construcción bien puede alcanzar estadios superiores en un tiempo más breve que otros que lo ini-

ciaron con anterioridad. Eso ocurrió en el sistema capitalista: los EE. UU. de Norteamérica comenzaron a recorrer ese camino cuando ya los viejos países europeos habían realizado en amplia escala la revolución industrial y, no obstante, hoy constituye el corazón de todo el sistema. Por lo demás, el socialismo no es el punto de partida en la vida de los pueblos; su instauración y desarrollo depende en gran medida —sobre todo en las primeras fases— del grado de adelanto de las fuerzas productivas y de la evolución de los factores políticos subjetivos de la sociedad en el momento en que se establece. Mongolia Exterior es un país que lleva decenios en la construcción socialista; Checoslovaquia, en cambio, muy pocos años. Sin embargo, es probable que este último país tenga muy poco que aprender del primero; por eso pensamos que se hace un pobre servicio a la revolución y al socialismo estableciendo preeminencias basadas en criterios cronológicos. Pero hay algo más todavía: tampoco los progresos socialistas son uniformes dentro de cada nación. Una constelación de circunstancias históricas, geográficas, culturales y de todo orden, hacen con frecuencia que mientras un país marcha aceleradamente en el terreno de la organización industrial, por ejemplo, se retrase en cambio en el campo de las estructuras políticas, o que se adelante en las técnicas de la explotación agraria y quede rezagado en los dominios del arte. De todo esto queremos desprender, de nuevo, la conclusión de que el reconocimiento de una **dirección única** en el movimiento obrero, aunque se remita a las grandes líneas ideológicas, implica limitar las fecundas posibilidades de desenvolvimiento del marxismo y de la práctica revolucionaria universal.

Más vulnerables aún son las consideraciones que hacen descansar ese papel dirigente en el poderío material, pero omitimos su examen porque ustedes apenas las sugieren, y porque, además, la cuestión se relaciona con el problema de los bloques, que pasamos a abordar.

LO BASICO NO SON LOS "CAMPOS" SINO LAS CLASES

Ustedes sostienen en su carta: "El mundo está dividido, por así decirlo, en dos campos principales y opuestos entre sí, el **campo capitalista** y el **campo socialista**. En uno gobiernan los capitalistas y en el otro los trabajadores. La naturaleza de ambos sistemas es diferente y también diferentes son sus objetivos. "En relación a un problema capital de nuestro tiempo —el de la guerra o la paz— la tendencia natural de ambos sistemas es distinto. El capitalismo, por naturaleza, tiende a la guerra. El socialismo, también por naturaleza, tiende a la paz. La fabricación de armamentos es un negocio sólo para los grandes consorcios de fabricantes de pertrechos bélicos que existen únicamente en el mundo capitalista y no en los países socialistas. Esto podría ser suficiente para no hablar de "política de bloques militares" como política de ambos sistemas y "para no colocar en el mismo pie a la OTAN y al Pacto de Varsovia, a la Alianza Militar imperialista y a la Alianza Militar socialista, a una Alianza Militar ofensiva y a una Alianza Militar defensiva, y para no afirmar, como usted lo ha hecho, que "la Unión Soviética, al comprometer a los países de su órbita con el Pacto de Varsovia, al vincularlos con compromisos militares, al realizar actos de prepotencia bélica, como ha ocurrido con la

"explosión atómica última, está llevando al mundo a un tipo de pugna fundamentalmente militar".

Aparentemente, la argumentación es irrefutable, y lo sería realmente si no partiera de una premisa absolutamente equivocada y reñida con el análisis verdaderamente científico de los acontecimientos.

Veamos porqué. **Para un marxista consecuente, el mundo no está básicamente dividido en dos "campos", entendiéndose por ellos dos áreas geográficas perfectamente definidas en el mapa, aunque ese hecho tenga un valor innegable en la realidad contemporánea.** La afirmación del "Manifiesto Comunista": "La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases", nos parece válida aún hoy. **El mundo, pues, está dividido, en una contienda que tiene a la tierra entera por escenario, entre las fuerzas de la burguesía y las del proletariado, más nítida y esquemática en algunas regiones, más primaria y compleja en otras, pero constituyendo siempre el factor decisivo de la pugna histórica de la cual somos actores y testigos.** En algunas zonas, las viejas clases opresoras han sido totalmente desalojadas del poder político, en otras se sigue luchando contra las fuerzas del capitalismo y del imperialismo en un combate frontal, mientras, en otras aún, habiendo conquistado fuertes posiciones en la lucha por la libertad nacional contra el colonialismo, los trabajadores constituyen un elemento importante en la conducción del estado. En otras palabras, al admitir que es el "campo", es decir, una coalición de estados, el elemento socialista por excelencia, y que la adhesión más o menos incondicional a su política y a su conducta determina el grado de socialismo de quienes luchan contra el sistema capitalista, implica, entonces, un enfoque erróneo y unilateral de trascendentales consecuencias prácticas, en especial si se recuerda que esos estados se han taxativamente enumerados en la "Declaración de los 81 partidos comunistas" de 1960. Significa subordinar las necesidades estratégicas del movimiento obrero a la seguridad nacional de los Estados socialistas; significa subestimar toda victoria revolucionaria en tanto no acceda a integrarse en el sistema del "campo"; significa calificar las conquistas políticas de los pueblos y los partidos en función de sus compromisos internacionales y no por el valor intrínseco de las mismas; significa, muchas veces, paralizar el espíritu de ofensiva del proletariado occidental, ante el temor de aparecer favoreciendo una política "extranjera".

LA NOCION DEL "CAMPO" SE OPONE AL INTERNACIONALISMO

Y lleva más lejos aún: a una suerte de idealización metafísica de la conducta gubernativa de los países del "campo", en circunstancias que la conquista del poder está lejos de nacer infalible a la clase vencedora. Como se sabe, el socialismo no es una gracia del cielo, ni una categoría abstracta. Es una realidad, un proceso. El establecimiento de relaciones socialistas auténticas y avanzadas entre los hombres, en el seno de una sociedad, está indisolublemente ligado al avance de la base material y de la conciencia político-moral de la clase trabajadora y todo ello se da en grados y ritmos diferentes. En el curso de tal proceso se dan contradicciones, provenientes algunas de los resabios del

viejo orden, como originadas otras en el carácter del período de transición hacia nuevas formas de convivencia. Por eso, los elementos anti-socialistas existen y a veces determinan fenómenos profundamente regresivos en lo que formalmente puede calificarse de Estado Socialista o Estado Obrero; por eso un Estado "Obrero" o "Socialista" puede adoptar medidas y actitudes antisocialistas. Se trata de algo más que de uno u otro error ocasional. Las tendencias, por ejemplo, a la burocratización del aparato gubernamental, a la hegemonía política sobre otros Estados, a imponer la felicidad por la vía militar a otros países, a suplantarse la legalidad revolucionaria por el terrorismo policial, constituyen fenómenos reales, se han producido en los hechos y fueron previstas, por otra parte, como posibilidades concretas, por los más autorizados pensadores marxistas. Cuando Lenin sostuvo que "no puede ser socialista el proletariado que acepta la menor violencia ejercida por su país sobre los otros", Engels advertía que "el proletariado no será santo, ni infalible, ni estará libre de defecto, por el mero hecho de realizar la revolución social", estaban expresando estos temores.

El "campo", pues, no es sino una de las expresiones específicas de la **lucha de clases contemporánea. No la única. Sus intereses no expresan los intereses totales de las fuerzas comprometidas en la acción anticapitalista, sino una parte de esos intereses.** Cualquiera política, por tanto; diseñada sobre la premisa axiomáticamente sentada por ustedes, a saber, que el mundo "está dividido, por

Así decirlo, en dos campos principales y opuestos entre sí, el campo capitalista y el campo socialista", constituye una formulación incorrecta y parcial del problema, que lleva a posiciones de hegemonía, incompatibles con una concepción auténtica y democrática del internacionalismo obrero.

Por todo ello los socialistas rehusamos incorporar al llamado "campo socialista", y someternos a cualquier "centro dirigente". Propiciamos, en cambio, un multilateral, democrático y activo intercambio de ideas y experiencias entre todas las fuerzas, movimientos, partidos y estados anticapitalistas, sobre la base de la más estricta igualdad de derechos, a fin de que cada cual pueda encontrar, por sí mismo, la vía más eficaz y rápida —y la menos dolorosa— para establecer la sociedad socialista.

LA PAZ Y EL SOCIALISMO

No se trata, como puede verse, de negar la existencia de "rasgos comunes en toda revolución en sus diversas etapas", ni de un nacionalismo estrecho. Más que un principio doctrinal, es ésta una conclusión histórica fácilmente perceptible para el criterio menos avisado. Se trata de averiguar cuales son concretamente tales rasgos, y cual la autoridad encargada de definirlos. La respuesta sólo puede darla una generalización científica de la práctica revolucionaria de la clase trabajadora en las más diversas condiciones y en las más distintas latitudes.

Cuando nos pronunciamos contra la política de bloques, de cerradas alianzas de estados —con todo lo que tienen de

excluyentes— estamos dando expresión a las mismas convicciones. Sólo que se refieren a una forma más característica, si cabe, de la noción del "campo", sobre todo cuando se traduce en una coalición militar.

No podemos negar al bloque soviético su derecho a disponer de ejércitos poderosos, a organizar su defensa, a perfeccionar su equipo bélico. Lo que discutimos es la preeminencia práctica que tales recursos van adquiriendo en la política internacional del bloque y la gravitación de ese poderío en las relaciones internas de la alianza.

Con respecto a nuestra primera objeción, estamos ciertos que todo alarde de capacidad destructiva por parte de la Unión Soviética se traduce en una pérdida de apoyo político y moral en el proletariado del occidente, en un paso más hacia la sustitución de la lucha social en el seno de cada país por la lucha armada entre potencias. Y es un hecho sociológicamente efectivo que la generalidad de la clase obrera anhela fervorosamente cambiar de régimen, pero no al precio de cambiar de nacionalidad. Una conducta sinceramente propicia a la eliminación de las tensiones, de negociaciones constructivas, se aviene mucho más con la tradición leninista, abre anchas posibilidades de apoyo en la opinión progresista y hallaría, en el fortalecimiento de las fuerzas antibelicistas internas de los países del occidente, un factor de paz infinitamente más vigoroso que las amenazas apocalípticas.

Las fuerzas antiguerreras son hoy más poderosas que nunca. Los conflictos militares, como todos los fenómenos sociales, junto con crecer en magnitud han sufrido transformaciones cualitativas; tienen un sentido, una naturaleza, unos efectos, diferentes. Cualquier comparación entre las guerras nacionales del siglo pasado y una eventual guerra atómica global ofrecería apenas analogías superficiales. Se sabe que aun el hipotético vencedor de mañana sería un vencido. Que la humanidad perdería la guerra. Ni siquiera un socialismo universalizado resultaría un consuelo, porque sería una especie de "socialismo de las cavernas", una vez destruido el patrimonio intelectual y material de la civilización. Hay, pues, millones y millones de hombres y mujeres deseosos de abatir los factores belicistas; dispuestos a paralizar a los dementes que pretenden arrastrarnos a un conflicto militar. ¿Por qué exigirles que se coloquen junto al bloque soviético para aceptarlos como sinceros combatientes de la paz? ¿Por qué, cuando sabemos que la historia trabaja para el socialismo en el corazón mismo del sistema imperialista?

Esas masas, al revés de lo que ustedes sostienen, se han sentido brutalmente desengañadas y confundidas cuando, a continuación de haber dicho en 1960: "quien rompa la tregua que suspende indefinidamente las experiencias nucleares es un criminal que atenta contra toda la humanidad", Kruschchev autoriza la insensata explosión de la bomba de 50 megatonés. Esos hombres y mujeres aceptan como una imposición de las circunstancias la organización de la defensa nacional, pero rechazan, con todas las fuerzas de sus espíritus, las jactancias atómicas en boca de quien se proclama campeón de la paz y del socialismo. Sobre todo cuando se recuerda que los actos de la Unión Soviética y de sus aliados, independientemente de sus intenciones, no siempre han contribuido objetivamente a preservar la paz. En 1939 el pacto Molotov-von Ribbentrop, en cuya virtud —al decir del primero— Rusia y Alemania "dejaban de ser enemigas"

se firmó el 24 de agosto, y el 1º de septiembre las tropas nazis invadían Polonia, y desencadenaban así la Segunda Guerra Mundial. Hoy día la India, país cuya vocación pacífica sería imposible negar, sufre el acoso de China Popular en sus fronteras.

NUESTRA CONCEPCION DE LA LUCHA INTERNACIONAL

En el orden interno del grupo de naciones socialistas el espíritu de bloque y la exacerbación de su carácter militar lleva a peores excesos. En nombre de las necesidades de la defensa común contra el cerco capitalista todo parece justificado de antemano, inclusive el uso de la violencia contra manifestaciones legítimas del pueblo trabajador. Si la noción del campo asigna a los estados socialistas un papel dominante sobre el conjunto de las fuerzas mundiales, revolucionarias y antimperialistas, el concepto de bloque militar requiere un mando aún más centralizado y excluyente sobre los propios países asociados. Los procedimientos de fuerza empleados contra la insurrección húngara, después de 10 años de subsistencia del gobierno comunista, estarán ajustados a consideraciones de estrategia militar, pero no a los métodos socialistas de relaciones entre los pueblos. Los procedimientos de presión, muy próximos a la invasión armada que se emplearon contra Yugoslavia durante los años posteriores a 1948 —materializados en 937 incidentes fronterizos en 1960, 1517 en 1951, 2.390 en 1952— constituyen otra prueba de cómo las concepciones específicamente militares pasan a reemplazar toda política socialista de principios en el seno del bloque.

En la actualidad, lo decisivo para diseñar una actitud correcta es eso: reconocer el carácter negativo de la política de bloques. Analizar sus raíces, tiene en nuestros días un valor ético o histórico, pero no político. Lo que ahora importa es saber si se trata de un fenómeno evitable y si trabajando por su progresiva liquidación ayudamos o no al avance del socialismo en escala internacional.

Nadie dudará de que al bregar contra el sistema de alianzas del imperialismo, trabajamos para el socialismo. Tampoco tenemos dudas de que cuando trabajamos por la sustitución del bloque soviético por una amplia comunidad de naciones políticamente libres, devotas de la paz en razón de su propia supervivencia —aunque diferentes en sus estructuras socio-económicas— trabajamos también para el socialismo.

Hablar del "campo imperialista" como de un conjunto homogéneo, incluyendo en esa acepción todos los territorios ajenos al grupo de naciones socialistas, es, al menos, tan absurdo como llamar "mundo libre", a esa misma parte del planeta donde proliferan las más abyectas dictaduras militares y fascistas. Existen en esa área estados, pueblos y gobiernos que luchan consecuentemente contra las potencias colonialistas y, en esa misma medida, colaboran a la destrucción del sistema en una escala y con una eficacia que ningún socialista tiene derecho a subestimar.

Así queda explicada nuestra posición en la esfera internacional: no perseguimos una desaparición automática de los bloques, porque no somos soñadores sino políticos conscientes de las realidades y de los hechos, pero sostenemos perentoriamente que, en cuanto al socialismo se refiere, pueden y deben sustituirse con ventaja por una flexible política de coexistencia activa

entre estados de diferentes sistemas y una creciente, fecunda e igualitaria colaboración de las fuerzas progresistas en todos los planos.

COMO ENRIQUECER LA IDEOLOGIA

Sostienen ustedes, más adelante, diversas apreciaciones destinadas a justificar el derecho de los comunistas a calificar la pureza doctrinaria del movimiento obrero internacional.

Ya hemos planteado, en otra ocasión, la inconveniencia de erigir en autoridad ideológica indiscutible a cualquier partido en particular, precisamente cuando las transformaciones sociales abarcan un escenario tan extenso como el mundo y los cambios cuantitativos y cualitativos del proceso se producen con velocidad vertiginosa en nuestra época. En tales condiciones, el proclamarse marxista no da títulos a nadie para suponerse infalible. Únicamente la confrontación honesta de las diferencias y el sometimiento de las diversas tesis a los resultados de las praxis pueden conceder pautas científicas de valoración.

Es cierto que el análisis colectivo del conjunto de los fenómenos sociales es una manera eficaz de elaborar los elementos subjetivos y obtener la madurez ideológica para conjurar muchos errores. Pero dictaminar desde fuera de los procesos, cuando un movimiento nacional incurra en una desviación o en otra, acompañando el fallo de toda suerte de proscipciones y amenazas, es un comportamiento ajeno a las prácticas socialistas y casi siempre dará resultados contrarios a los que se buscan. Sólo la pro-

ción, en el seno de cada comunidad colectivista, de una cada día más amplia democracia del trabajo, de una participación creciente de los productores en la propiedad social y en la economía, puede liberar aquellos impulsos progresistas que garanticen una evolución ininterrumpida hacia formas más altas de convivencia. Porque las "desviaciones" no son casi nunca artículos de importación en aquellas partes donde se ha desalojado al capitalismo: son el producto de contradicciones internas, domésticas, presentes aún en tales naciones en la fase de transición y que obedecen a leyes aún insuficientemente examinadas.

Por mucho que se haya universalizado la ofensiva de los pueblos, el carácter y la naturaleza de cada sociedad y de cada gobierno dependerá esencialmente de lo que ocurra en el ámbito de sus fronteras. Cuando las clases explotadoras son erradicadas del poder, cuando la propiedad de los medios principales de producción pasa a poder de la nación o de la colectividad, cuando las relaciones de producción se alteran radicalmente, estamos en presencia de un acto revolucionario. Hacer depender la calificación de esos acontecimientos de la adhesión a posiciones internacionales determinadas, acarrea invariablemente graves errores de juicio. Nadie podría explicar satisfactoriamente, por ejemplo, por qué razón Polonia, al recibir más de 400 millones de dólares de ayuda norteamericana, se estima que contribuye, a pesar de todo, a la derrota del imperialismo, en tanto, al aceptar una ayuda semejante, Bolivia estaría traicionando las esperanzas populares.

NATURALEZA DE NUESTRA REVOLUCIÓN Y DE SUS PERSPECTIVAS

Más de una vez insistimos en el significativo aporte de los socialistas chilenos a una nueva formulación de la estrategia popular en nuestro país y, en cierto modo, en otros países subdesarrollados. Sostuvimos y sostenemos que los cambios requeridos por nuestra sociedad no corresponden a la fase histórica denominada habitualmente "revolución democrático-burguesa". Ni será la burguesía la clase directora de esos cambios, ni ellos consistirán en poner en movimiento las instituciones, incentivos y relaciones características del capitalismo. Aceptamos el carácter eminentemente antimperialista y antifeudal de las medidas iniciales y la naturaleza nacional y democrática del proceso, pero afirmamos también que, tanto por la decisiva participación de los trabajadores en su gestación y en su desenvolvimiento, como por la necesidad de incrementar aceleradamente las fuerzas productivas, debe desembocar inevitablemente en la erección de un sistema socialista.

Con frecuencia, el atraso técnico conspira contra la rapidez del avance. Poco puede lograr una alta conciencia política si debe edificar la nueva economía sobre medios tan pobres como la ruca casera, o el arado de madera. Es preciso comprenderlo bien para juzgar con equidad cada experiencia nacional.

Tal vez estas consideraciones expliquen por qué una revolución como la boliviana, conducida, no por la burguesía —inexistente como clase de verdadera gravitación social— sino por obreros ferroviarios, mineros y textiles, no ha podido pasar más allá de incipientes ensayos de tipo cooperativo y de limitadas tentativas de gestión obrera en la propiedad estatal. Cuba llegó más lejos porque tenía —ya antes de la revolución— uno de los más altos niveles de ingreso per cápita en América Latina, más abundantes y variadas fuentes de capitalización y —tampoco lo ponemos en duda— porque los países socialistas incrementaron generosamente su equipo industrial.

Allí donde la revolución inició su curso es donde se justificó la "vía pacífica" y no la insurrección, porque si no es el capitalismo el sistema vigente, ni la burguesía la clase dominante, están abiertos los cauces para una progresiva profundización de sus conquistas. Lo prueba la experiencia cubana y debe comprobarlo mañana nuestra propia experiencia.

LA TESIS DE LA "VIA PACIFICA", FACTOR DE CONFUSIONISMO

El último capítulo de la carta de la Comisión Política se detiene en diversas consideraciones estrechamente vinculadas a los acontecimientos chilenos y a nuestras tareas inmediatas. Las más importantes se refieren a la "vía pacífica" como camino de acceso al poder para las masas populares.

En su contestación al artículo del diputado Millas el cda. Ampuero omitió toda opinión explícita sobre las tesis relativas a la "vía pacífica". Dentro de los modestos límites de una polémica periodística parecía un tema demasiado denso para abordarlo en forma útil y razonable. Hizo, no obstante, una alusión parcial a la cuestión, con el fin exclusivo de criticar escuetamente el hábito de elevar a la categoría de revelaciones del marxismo aquellas mismas tesis calificadas como "desviaciones" cuando las

pronuncian los adversarios políticos. Así pasa con la "vía pacífica". La "vía pacífica", explican ustedes es una "vía revolucionaria"; nada tiene de común con el evolucionismo, el reformismo, el revisionismo, y otras abominables deformaciones del marxismo. Sería, por tanto, una posición inobjetablemente ortodoxa y doctrinalmente legítima. Pero, ¿Por qué entonces negar a otras tendencias el derecho a sostener formulaciones análogas? ¿Por qué, cuando las sostiene, deben caer bajo los anatemas más severos y ser presentadas invariablemente como traidoras del movimiento obrero? ¿Por qué reservar sólo al movimiento comunista la limpieza de propósitos y la consecuencia en el espíritu renovador del socialismo?

Ahora ya sabemos que la "vía pacífica" no significa renunciar a las profundas transformaciones económicas y sociales, ni abandonar las metas revolucionarias. Sabemos, por tanto, que se trata únicamente de la manera de llegar al poder, de los procedimientos de lucha, de los métodos de acción. Hay, no obstante, otros puntos de la cuestión que permanecen oscuros. Si la proclamación de la vía pacífica fuera una simple ratificación de la voluntad de utilizar a fondo los recursos electorales que brinda la democracia burguesa, no se estaría diciendo nada nuevo, ni se justificaría, en consecuencia, el énfasis que se pone en ella. En 1958, el FRAP dio la batalla en las urnas sin hablar de su devoción por la vía pacífica. Cada vez que le ha sido posible, el movimiento popular ha utilizado los medios legales. Pero el carácter pacífico de los medios que se recomiendan ahora parece ir más lejos que la pura decisión de enfrentarnos a una contienda electoral: **tiende —aunque ustedes no lo quieran— a crear en las masas una falsa confianza en lo que pudiéramos llamar la "normalidad" de las instituciones democráticas, en el funcionamiento leal de los mecanismos representativos; mientras nosotros, por el contrario, estamos convencidos de que, por la propia profundidad de la crisis social que vivimos, toda la formalidad del sistema republicano tradicional está siendo dolosamente barrenada para perpetuar en el poder a las minorías oligárquicas. Los fraudes electorales de la última campaña son vastamente conocidos, en especial la usurpación de los poderes de un Senador demócratacristiano por el norte; los tribunales vienen cercenando las facultades de los parlamentarios en un grado inaudito; las resistencias del Congreso a ampliar el número de ciudadanos con derecho a voto resultan invencibles; todo esto bastaría para evitar cuidadosamente cualquiera idealización del sistema en vigencia. Pero, hay más: escudada en normas aparentemente constitucionales y en una mayoría parlamentaria espúrea, la reacción oficialista trama un cambio de los procedimientos electorales; su desesperación le lleva a proponer un sistema de listas comunes de distintos partidos para elegir al Presidente de la República, es decir, a proponer que se aplique a una elección unipersonal lo que repudió con toda suerte de argumentos para las elecciones pluripersonales. Difícilmente puede darse un caso de mayor cinismo. Si las bases mismas de la contienda democrática —incluso en los marcos estrechos de una sociedad de clases— se alteran deliberadamente para impedir una victoria del pueblo que aparece inevitable, no podríamos predicar la paz sino la resistencia. De ahí que nuestra decisión de concurrir a las elecciones presidenciales significa, simultáneamente, una firme decisión de impedir —por todos los medios a nuestro alcance— cualquier alteración de las normas**

de la contienda cívica. De ahí también que no confundamos la aceptación de la "vía electoral" con la consagración de la "vía pacífica", en la forma generalmente entendida.

Tal vez nuestra interpretación de la conducta del Partido Comunista no sea enteramente compartida por ustedes, pero refleja sí las repercusiones prácticas de una consigna ambigua. El movimiento popular debe ejercer energicamente su influencia desde ahora en torno al respeto a ciertas normas esenciales y a ciertos derechos irrenunciables. Cualquier debilidad, aparente o real, estimula al adversario y desanima a nuestras propias fuerzas.

Del comportamiento de la reacción frente a una derrota de sus candidatos en 1964 nadie tiene derecho a hacerse ilusiones; algunos sectores podrán aceptarla llanamente, pero otros se preparan ya para impedir la sin reparar en medios. Actualmente se organiza clandestinamente la Milicia Republicana y en las Fuerzas Armadas se elimina sin contemplaciones a cuanto oficial exhibe un espíritu progresista, o, por su formación profesional, se estima peligroso para la perpetuación del sistema oligárquico. En Ecuador, Brasil, Argentina, tenemos ejemplos recientes de la forma en que las derechas entienden la santidad de las instituciones representativas y de la soberanía nacional.

También nosotros deseamos vivamente evitar la violencia en nuestro suelo; nunca los revolucionarios la buscaron. Levados de una especie de sadismo político, pero renunciaríamos a nuestro papel dirigente y debilitaríamos la

conciencia política del pueblo si transformáramos nuestros anhelos de paz interna en meta sustantiva de nuestra acción. Con ello sólo lograríamos envalentonar a quienes persiguen la perpetuación de sus privilegios a sangre y fuego.

UNA DISCUSION NECESARIA

Creemos haber dado respuesta cabal a la mayor parte de las cuestiones planteadas en el curso de nuestra controversia. Esperamos haber contribuido a despejar muchas dudas, a precisar diferencias y a consignar analogías. Aquello que la polémica no pudo resolver en el campo de los argumentos y de las ideas, tendrá que dejarse a la experiencia misma del desarrollo social, a la maduración gradual de la conciencia política del pueblo, al devenir de los acontecimientos.

En el transcurso del tiempo, el entendimiento socialista-comunista ha adquirido un carácter más dinámico y, su-

perándose a sí mismo, ha fomentado el entendimiento leal y franco de todos los partidos populares que forman el Frente de Acción Popular. Largos años vivimos en un ambiente de hostilidad recíproca, de una lucha que a veces fue cruenta. En consecuencia, en los inicios del trabajo común en el seno del FRAP, fue imprescindible acostumbrar a nuestros militantes y dirigentes a convivir políticamente y, luego, la Campaña Presidencial del Pueblo acrecentó las condiciones de entendimiento fraternal. Aprendimos a confiar los unos en los otros, a respetarnos por encima de nuestras divergencias ideológicas y tácticas.

Dimos, entonces, confianza a la clase trabajadora en su conjunto y el FRAP se amplió orgánicamente. Llegaron al seno de la dirección política del movimiento popular otras fuerzas progresistas, anhelosas de participar vivamente en nuestra acción revolucionaria. Es en ese momento cuando el entendimiento de los dos partidos obreros experimenta una transformación positiva, se supera dialécticamente, adquiere una nueva calidad. Se confunde con los objetivos superiores de la alianza de todos los partidos del FRAP, instrumento de la liberación política del pueblo y de su marcha hacia el poder, en la medida en que todos los partidos que lo forman son iguales en derechos y, voluntariamente, participan en las decisiones unánimes de su dirección.

Nos asiste la convicción de que, planteadas en sus términos cardinales las diferencias de posiciones desde el ángulo del marxismo, todos los partidos integrantes del Frente pueden y deben contribuir a su dilucidación. Quienes nos proclamamos socialistas científicos pretendemos disponer de los métodos más justos para desentrañar la sustancia y el sentido de los fenómenos sociales contemporáneos, pero es en el activo contacto con todas las fuerzas avanzadas, en el diario intercambio de experiencias con todos los partidos populares, en el conocimiento de las normas de vida y de los anhelos de todas las clases explotadas de la nación, donde hallaremos los datos imprescindibles para orientar nuestro trabajo, sin exclusivismos y sin errores.

Saluda fraternalmente a la Comisión Política del Partido Comunista, por el Comité Central del Partido Socialista.

RAUL AMPUERO DIAZ
Secretario General

A usted, lector de la Revista ARAUCO, le sugerimos estos libros sobre temas de candente actualidad:

ESCUCHA, YANQUI, de C. Wright Mills	Eº 0,78
LA DEMOCRACIA SOCIALISTA EN LA PRACTICA YUGOSLAVA, de Edvard Kardelj	Eº 0,25
EL SOCIALISMO Y LA GUERRA, de Edvard Kardelj	Eº 1,20
EL CAMINO YUGOSLAVO, Programa de la Liga de los comunistas de Yugoslavia	Eº 1,20

Los encontrará en la Sala de Ventas de PLA, Estado 360, 2º piso, Of. 6
o pídalos a los Agentes PLA.